M. R. Blanco-Belmonte

La salsa de las perdices

Poema dramático,
original, en un acto.

MADRID, 1917
Sociedad de Autores Españoles
Calle del Prado, 24

M. R. Blanco-Belmonte

La salsa de las perdices

:: Poema dramático, original, en un acto ::

LA SALSA DE LAS PERDICES

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

El autor se reserva el derecho de traducción.

M. R. Blanco-Belmonte

La salsa de las perdices

:: Poema dramático, original, en un acto ::

Premiado y estrenado en la "Fiesta de la Poesía", celebrada en el Real Sitio de San Lorenzo.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
2516

MADRID, 1917
Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneyr
Paseo de San Vicente, 20

PERSONAJES

EL REY.

EL OBISPO DON ALONSO.

EL CAPITAN GUIMBARDA.

EL DOCTOR HENARES.

LA CONDESA DE VIVAR.

ELVIRA } hijos de la Condesa.
PELAYO }

FERNAN.

CHICLANA } ballesteros.
PINEDA }

MAESTRESALA.

La acción en Olmedo.—Epoca: siglo XV.

ACTO ÚNICO

PROLOGO

Antes de levantarse el telón, asoma al proscenio Fernán, bardo y escudero del Rey, y dice así:

FERNÁN

"En el nombre del Padre que fizo toda cosa"
—los cielos y la tierra, los montes y la mar,—
contarvos hoy me place conseja prodigiosa,
que así cual florecilla modesta y homildosa
por magia del ensueño veréis aquí brotar.
Soy bardo y escudero de un rey cuya pujanza
encierra noblemente bravura de león;
de un rey que ganó el trono blandiendo férrea lanza,
y agora se doblega, perdida la esperanza,
mirando derrumbarse su torre de Ilusión.
Mi rey será en la Historia el Fuerte, el Justiciero,
terror de los muslimes, prodigio de lealtad,
tesoro de virtudes, valiente y caballero,
con alma rutilante como templado acero...
que ignora á un tiempo mismo el miedo y la piedad.
La ciencia de los sabios anida en su cabeza,
su frente se engalana con mágico laurel,
su pecho es armadura de olímpica firmeza,
que guarda en lo más hondo nostálgica tristeza:
tristeza de retama que nunca tuvo miel.
Vivid por un instante la vida congojosa
del ínclito monarca que oculta su pesar.
Y, "en el nombre del Padre que fizo toda cosa",
gustad de la conseja benigna y homildosa
bordada por el arte del mísero juglar.

(Mutis.)

720755

ESCENA PRIMERA

Comedor regio, decorado con mezcla de lujo y de rusticidad. En los muros, tapices y panoplias. En el centro, gran mesa tallada, cubierta con blanco mantel y abastecida de fuentes, escudillas, jarros, cubiletes, cuchillos y cucharas. Puerta al foro, y ante ella, dando guardia, los ballesteros Chiclana y Pineda.

REY, CAPITAN GUIMBARDA
y DOCTOR HENARES.

(El Rey ocupa el centro de la mesa, dando frente al público; en el costado de la derecha, el Capitán; en el de la izquierda, el Doctor. El Rey se asienta en un sillón de tallado respaldo; los invitados, en escabeles de madera.)

REY

(Al Doctor.)

¿Qué se miente y qué se dice
en nuestra villa de Olmedo?

DOCTOR

Todas las lenguas son pocas
para fablar del proceso;
y las mozas en la fuente,
y tomando el sol los viejos,
y en sus corros los mochachos,
y en el figón los mancebos,
de vuestro fallo dolidos,
lo juzgan asaz severo.

REY

Bien está ansí; la blandura
nunca conquistó respetos;
para los potros cerriles
se han inventado los frenos;
y no holgará que se sepa,
por nobles y por plebeyos,
que contra los lenguaraces
hay mordazas en mis reinos.

(Pausa.)

Tú, Capitán, ¿qué noticias
has recebido en los pliegos
que te trujo de Segovia
el alférez Luis Sedeño?

CAPITÁN

Pocas noticias, y malas,
señor, hasta mí vinieron.
Escuchadlas: que los nobles,
reclutando descontentos,
con un buen golpe de tropas
corren las tierras del Duero;
que un capitán de la guardia
riñó con varios labriegos,
y en aquel trance apretado
todos rodaron maltrechos;
y, en fin, que á coro la gente
vos pide el perdón del reo,
del infortunado Conde...

REY

(Descargando un fuerte golpe en la mesa.)

Basta, y escúchame atento:
que en dura prisión encierren
al capitán pendenciero;
que de Segovia en la cárcel
los labradores sean presos;

que se levanten banderas
en cibdades y concejos,
y que se junten más hombres
para aumentar el ejército.
Cuando el rebelde amenaza,
pensar en perdón es necio;
la gangrena se combate
por el hierro y por el fuego,
y el hacha de mi justicia
sabrá humillar al soberbio.
Yo extirparé á los audaces
que, en desatentados sueños,
alzan contra mí pendones
y se escudan con sus fueros;
yo arrasaré sus castillos,
romperé sus privilegios,
y seré, si Dios me asiste,
único rey en mis reinos.

(Agitando una campanilla de plata, colocada, al alcance de su mano, en la mesa.)

¡Fernán!...

ESCENA II

Dichos y FERNAN.

FERNÁN

(Entrando y haciendo reverencia.)

Señor.

REY

La comida.

FERNÁN

(Hace medio mutis, y torna trayendo un aguamanil, un jarro y un lienzo blanco.)

Pronta está; con ella vuelvo.

REY

(Mientras se lava y enjuga las manos.)

¿Qué yantar ha preparado
nuestro insigne cocinero?

FERNÁN

Jamón serrano, bien frito
con longaniza y con huevos;
truchas en salsa de almendra,
calderillo de borrego,
y perdices...

REY

¡Oh, perdices!

FERNÁN

Y rosquillas de Toledo,
y almíbar de Santa Clara,
y de Rueda vino añejo.

REY

(Mirando al Capitán y al Doctor frotarse las manos con regocijo.)

Pues venga de todo al punto,
y si á dicha quiso el Cielo

que al guisar esas perdices
se lograse el aderezo
que inútilmente ambiciono
y vanamente apetezco,
tenga por suyas mil doblas
mi catasalsas Briceño.

FERNÁN

(Se inclina, y, llegando á la puerta, va tomando las fuentes de mano del maestresala y presentándolas al Rey. Luego que éste se sirve, las deja el escudero en la mesa, á disposición de los dos invitados. El escudero sólo sirve á su señor, y permanece cruzado de brazos á espaldas del sitial regio.)

Dios vos dé tanto apetito
como en los pasados tiempos.

REY

(Comiendo con desgano, y olvidándose de los manjares, mientras el Capitán y el Doctor engullen vorazmente.)

Desde entonces mi existencia
sólo es sombra de un recuerdo.

(Pausa.)

Cuenta, Fernán, la comida
que en el monte de los Tejos
fué satisfacción gustosa
para mi estómago hambriento.

FERNÁN

Erais mozo muy garrido,
y de grande reciedumbre,

cuando, en pos de un corzo herido,
vos encontrasteis perdido
de la montaña en la cumbre.
La chozuela de un pastor
vos convidó á descansar,
y, anheloso de temor,
en busca de su señor
llegó el Conde de Vivar.

REY

(Con impaciencia.)

¡Siempre el Conde!

FERNÁN

Por felices
dimos las pruebas pasadas,
al contemplar apioladas
dos parejas de perdices
por el Conde derribadas.
Ardió en el hogar el tuero,
y con salsa de romero,
y mejorana, y tomillo,
hizo el rústico cabrero
perdices en calderillo.
Cosa rica, según vos,
que, al fin de tan largo ayuno,
dijisteis: "¡Me valga Dios!
¡Nada de dos para dos!
Para dos perdices... ¡uno!"
Y daba gozo el afán
con que mojabais el pan
en el guiso pastoril.

REY

(Con melancolía.)

¡Sabrosa salsa, Fernán,
la de aquel risueño Abril!

Prevén á mi cocinero
que, si otra igual me prepara,
con mil doblas en dinero,
le daré el dominio entero
de los valles de Fuenclara.

(Fernán se inclina, retira una fuente, la lleva hasta la puerta, y trae otra que le entrega el maestresala.)

DOCTOR

¡Buenas truchas!

REY

Del Nalón,
pero no se me apetecen.

DOCTOR

No comer es sinrazón,
pues si las fuerzas flaquecen,
sufre mengua el corazón.

CAPITÁN

Toda melecina es vana
al que en su dolor se empeña.
¡Quién vos diera aquella gana
que mostrasteis la mañana
de la toma de Robleña!

REY

(Animándose.)

¡Dura jornada la de aquel día!
¡Bien batallamos por nuestra fe!
Cuenta ese lance; me da alegría...

CAPITÁN

Con vuestra venia lo contaré.
Era la plaza más enriscada

de la frontera del musulmán;
sobre la roca fué fabricada,
tal como el nido de un alcotán.
Tras de sus muros se guarecían
de ballesteros más de dos mil,
y en sustentarla se complacían
cuantas cibdades riega el Genil.
Nadie era osado contra Robleña,
que en la frontera daba la ley,
cuando al cimiento de la alta peña
llegó la tropa de nuestro Rey.
Fué... la tormenta que se desata
con el empuje del aquilón;
fué... como el rayo que hiere y mata
y siembra estragos y confusión.
Fueron dos olas, hierro y granito,
que se deshacen al reluchar;
fueron dos reinos alzando un grito
de intenso gozo, de atroz pesar.
Y en lo más recio de aquel combate,
todo exterminio, luto y horror,
con firme aliento supo un magnate
salvar la vida de su señor.
Que ante la vida del Rey amado,
que el moro alfanje quiso truncar,
puso su pecho noble y honrado
el bravo conde Juan de Vivar.

REY

(Inclinando la cabeza.)

¡El Conde siempre!

CAPITÁN

Por su fazaña
dobló Robleña la alta cerviz,
y por memoria de su campaña,
aun muestra el Conde la cicatriz.

(Pausa.)

REY

¿Y nada dices del propio esfuerzo,
de tu entusiasmo, de tu valor?...

CAPITÁN

Sólo recuerdo que hubo un almuerzo,
y á vuestro lado comí, señor.

REY

(Con animación.)

¡Perdices fueron! Las gané al moro,
y en su repuesto las supe hallar.
Si es que Briceño codicia el oro,
yo su codicia sabré colmar,
como me sirva para yantar
unas perdices aderezadas
cual las perdices bien sazonadas
que, de Robleña tras las jornadas,
embelesaron mi paladar.

(Escuchando ruido de voces en la antesala.)

¿Qué sucede en mi palacio?

CHICLANA

(A los de afuera.)

¡Atrás!

PINEDA

¡Atrás!

CHICLANA

¡No se entra!

PINEDA

¡La consigna es la consigna!

DOCTOR

(Interrumpiendo la comida.)

¡Mala digestión me espera
si los rebeldes en armas
contra el Soberano atentan!

(Confusión momentánea; el Capitán desenvaina la espada; el Doctor se resguarda tras el sitial del Rey; Fernán, empuñando un hacha de armas, avanza hacia la puerta; el Rey, impasible, se levanta, y contiene á Fernán y á los ballesteros.)

REY

¡Dejad paso á quien me busque!
No en balde dice el emblema
de mis arneses de justa:
"El que me busque, me encuentra."

(Fernán retrocede; los ballesteros se inclinan y rinden armas.)

ESCENA III

Dichos, el OBISPO, la CONDESA, ELVIRA y PELAYO

(El Obispo asoma en el hueco de la puerta, llenándola por completo y deteniéndose un instante.)

OBISPO

La paz de Dios sea en Palacio,
donde, por la vez primera,

en mi séquito reparan
para cerrarme las puertas.

REY

Pasad, y sean bien venidos
cuantos á mi casa vengan
en unión de mi prelado
don Alonso de Sigüenza.

(Al adelantarse el Obispo hasta el centro de la escena, aparece el grupo constituído por la Condesa de Vivar, Elvira y Pelayo.—La Condesa viste de luto, con manto y toca; Elvira, muy pequeña, va en brazos de su madre; Pelayo, niño de pocos años, se manifiesta entre curioso y asustado, asido á las ropas de la Condesa.)

CONDESA

(Cayendo de rodillas y haciendo arrodillarse á Pelayo.)

¡Perdón, señor!... ¡Por mi esposo!...
¡Por mis hijos!... ¡Por clemencia!...
¡Por cuanto améis en el mundo!
¡Perdón!...

(Sollozando.)

REY

(Al Obispo.)

Es brava sorpresa,
mas no han de valer ardides
contra la justicia regia.

OBISPO

Implorar misericordia
no es ardid ni estratagema.

REY

(A la Condesa.)

Alzad, señora; á mis plantas
no dobleguéis la cabeza.

PELAYO

(Al Rey.)

Porque mi madre no llore,
porque concluyan sus penas,
¡dejad, señor, que mi padre
libre á nuestra casa vuelva!

CONDESA

Porque á la orfandad mis hijos
condenados no se vean...,
¡perdonad!, ¡sed generoso!...

REY

(Ayudando á levantarse á Pelayo, y ofreciendo ceremoniosamente la mano á la Condesa.)

Basta, señora Condesa.
La ley á un esposo os quita,
y el Rey dobla vuestras rentas;
si un padre falta á estos niños,
desde hoy á mi cargo quedan;
pague el culpable sus culpas,
viva libre la inocencia.

DOCTOR

(Al Capitán.)

¡Es inflexible!

CAPITÁN

¡Inflexible!
¡Es la ley cuajada en piedra!

OBISPO

Señor, si algo vale el ruego
de quien las cosas terrenas
juzga que son polvo y nada,
y en Dios, sólo en Dios espera,
á ejemplo del Rey de reyes,
que tras su Pasión cruenta
perdonó á sus asesinos...,
¡perdonad vos una ofensa!,
¡olvidad un desacato!,
y ved que hay mayor grandeza
en respetar una vida,
que en hundir cuatro existencias.

(Arrodillándose.)

¡De rodillas vos lo pido!
¡Dios por mi boca os lo ruega!

REY

La justicia ha de cumplirse
aunque el cumplirla me duela,
y el cabeza de rebeldes
pagará con su cabeza.

OBISPO

(A la Condesa.)

¡Vamos! El ruego es inútil.

(Al Rey.)

Señor, concedednos venia
para marchar.

REY

Padre Alonso,
¿adónde vais?

OBISPO

La Condesa,
á llorar su desventura
tras los muros de Robleña,
y yo, á asistir en la cárcel
al que sereno se apresta
á morir como cristiano
abrazado á sus creencias.

(La Condesa, tambaleándose, y acompañada de sus hijos, se dirige hacia la puerta. El Obispo, luego de inclinarse ante el Rey, se dispone á salir. Cuando ya la Condesa ha salido, el Rey toca en el hombro al Prelado, y le hace detenerse.)

REY

(Con solemnidad.)

Para que Dios me perdone,
perdonado y libre sea
Juan de Vivar. Con mi sello,

(Despojándose del anillo.)

como testimonio y prenda,
trasmítase mi mandato,
y anúlese la sentencia.

CONDESA

(Retrocediendo y desplomándose de rodillas con sus hijos.)

¡Gracias, señor! Que los cielos
vos otorguen recompensa.

REY

Que den escolta á esta dama
dos guardias de mi bandera.
Y vos, mi buen don Alonso,
acompañadme á la mesa.

CONDESA

(Haciendo mutis.)

¡Señor, que Dios vos bendiga!

REY

¡El de su mano nos tenga!

ESCENA FINAL

REY, OBISPO, CAPITAN, DOCTOR, FERNAN y los BALLESTEROS

FERNÁN

(Depositando una bandeja ante el Rey.)

¡Las perdices!

REY

¡A su vista
mi apetito se despierta!
Huelen como las famosas...

DOCTOR

¿De los Tejos?

CAPITÁN

¿De Robleña?

REY

(Probándolas y mostrando alegría.)

Briceño fizo el milagro.

¡Ya descubrió la receta!
¿Quién aderezó esta salsa?...

OBISPO

(Sonriendo.)

Vos, al otorgar clemencia.

REY

¡No es posible!

OBISPO

Vuestro bardo
dígalo en polida endecha.

REY

Habla, Fernán, y tu trova
será del festín el néctar.

FERNÁN

(Avanzando al centro del proscenio.)

Señor: cuando en los años henchidos de ilusiones,
siguiendo vuestros pasos pulsaba mi laúd,
volaban los ensueños cual vuelan los halcones,
y en el yantar humilde, con gratas emociones,
la salsa era el encanto de amable juventud.

(El Doctor asiente.)

Más luego, en los principios de vuestra edad madura,
repleta de pujanza, de aliento y de vigor,
domando del muslime la fuerza y la bravura,
gustasteis como salsa de bélica dulzura
la salsa de la gloria, manjar del vencedor.

(El Capitán hace signos afirmativos.)

Y agora, cuando el cuerpo se rinde á la flaqueza
y busca en el afecto un báculo y sostén,
cuando la blanca nieve vos cubre la cabeza,
halláis la mejor salsa que forja la realeza:
la salsa que se obtiene al practicar el Bien.

(El Obispo aprueba.)

Cuando los siglos pasen, ansí dirá la Historia:
Fué grande el que hasta un trono se consiguió elevar
fué grande el Rey-caudillo, señor de la victoria,
y fué mucho más grande, con soberana gloria,
el ínclito Monarca que supo perdonar.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESÍAS

Aves sin nido, con un poema-prólogo de Manuel Reina. (Segunda edición.)
La vida humilde.
Los que miran más allá.
La Patria de mis sueños.
La Poesía en el mundo.
Al sembrar los trigos. (Obra laureada por Su Majestad con el "Premio Fastenrath", á propuesta de la Real Academia Española.)
Homenaje á Córdoba. (Poema recitado, como discurso de Mantenedor, en los Juegos Florales celebrados en Córdoba en 1914.)

PROSA

Almas de niños. (Cuentos.)
De la tierra española. (Cuentos.)
La Casa de Cárdenas. (Novela.)
El último cuento azul. (Cuentos.)
La Ciencia del dolor. (Novela corta.)
Por la España desconocida. (Notas de una excursión á La Alberca, Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia.)
Mataruguito. (Novela corta.)
Pues, señor... (Cuentos.)
Pompas de jabón. (Crónicas.)

Acabóse de imprimir este poema dramático en el Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra", el día 8 de Agosto del año 1917.